

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

LEIDO POR EL

Dr. D. NARCISO CARBÓ Y DE ALOY

EN LA

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE BARCELONA

EN EL ACTO DE RECEPCIÓN Á LA MISMA

DEL

EXCMO. SR. D. JULIAN CASAÑA Y LEONARDO



N.º J. Sr.:

SEÑORES:

¿Qué sucede en nuestra Corporación para que con tanta frecuencia se repitan estas solemnidades académicas en las que un socio viene á sustituir á otro? ¿Es que hay mayor facilidad ahora que antes en alcanzar esta honrosa distinción? El limitado número de académicos fijado por el reglamento declina toda idea de aumento en los mismos, único medio de dar facilidades á numerosos ingresos, y aun con esta restricción no se muestra por cierto la asociación impaciente en llenar sus contínuas vacantes.

Prueba bien manifiesta de ello es lo sucedido con el propuesto académico á quien me cabe la honra de contestar en este momento en nombre de la Corporación, el que por especiales circunstancias no ha podido verificar semejante acto hasta despues de haber trascurrido largo tiempo desde su elección.

De esos sillones habeis visto desaparecer, casi pudiéramos decir con cierta rapidez, á encanecidas cabezas que los honraban de continuo con sus trabajos científicos, y la Parca no

se ha mostrado menos inexorable con la brillante juventud, esperanza y ornato de la medicina patria.

Atmósfera sofocante la que rodea al templo del saber, y cuya puerta como dijo un autor al ver la de la Biblioteca del Vaticano, es de hierro, erizada de puntas de acero.

En esa lucha titánica del modesto mundo del saber con los arcanos de la naturaleza, no hay tregua posible, y cuanto más extensos son los resplandores de la civilización, más intensa se presenta, y las generaciones que la sostienen desaparecen con rapidéz en medio del acompasado y lento desarrollo de las naciones y los pueblos, á quienes legan el producto de sus trabajos.

El Dr. D. Vicente Munner y Valls á quien viene á sustituir ahora el Excmo. Sr. Dr. D. Julian Casaña y Leonardo, fué uno de esos campeones que cayó en medio de la lucha. En plena edad adulta, casi pudiéramos decir jóven aún, había conquistado sólida y envidiable reputación en el escabroso campo de la análisis química, ilustrando al mismo tiempo á la hidrología médica con notables investigaciones. Profesor recto y celoso había sabido infundir á sus numerosos alumnos el amor á la ciencia, los que, al mismo tiempo que le respetaban le apreciaban.

Identificado con el espíritu moderno el Dr. Munner, su actividad era febril pero segura, llevando su amor al trabajo hasta la obstinación y el culto por la verdad hasta la intranquencia.

Semejantes cualidades le pusieron en condición de extender su actividad más allá de la cátedra y del gabinete, formando parte de varias Asociaciones, Compañías y Empresas, para figurar en las mismas no como mero socio sino como director, imprimiéndoles una actividad que antes no tuvieron, en bien del desarrollo de los intereses del país.

Una reforma necesaria y deseada en las Academias oficiales de Medicina y Cirugía, tuvo lugar en estos últimos años, y fué la creación en las mismas de las dos importantes Sec-

ciones de Farmacia y Veterinaria. Nuestra Corporación no mostró duda alguna para que el Dr. Munner fuera uno de los primeros elegidos en la Sección de Farmacia, y hoy no pudiéramos honrar mejor su memoria que admitiendo en su lugar al socio electo cuyo luminoso trabajo acabais de oír.

Lisonja fuera y lisonja intempestiva, el enumerar en su presencia los méritos del que dentro pocos instantes se sentará entre nosotros como insigne consocio. Para qué enumerarlos si son de todos vosotros tan conocidos. En ello debiera esforzarme si se tratase del modesto profesor cuyo mérito no hubiese trascendido al dominio público.

Superior jerárquico en nuestro distrito universitario, tal vez no llamara la atención sobre esta circunstancia, si ella no hiciese resaltar otra de mucho valer para los dedicados al estudio, y es su amor á la enseñanza. Rodeado de apremiantes ocupaciones, las más heterogéneas á veces aun cuando todas ellas se refieran á la enseñanza pública, cuando en el reloj del establecimiento universitario suena la hora en que debe entrar en cátedra, todo se detiene, todo se aplaza para descender á la misma. Ocúpase de la intrincada fórmula orgánica en sus variadas evoluciones, fijase bien en lo que es práctico, y no se olvida de cuando en cuando de entrar en el sereno y tranquilo campo de la ciencia pura, elevándose hasta sus más bellos ideales.

Ejemplo poco común en nuestro país y tambien fuera de él, en que hallareis en el profesorado ilustraciones eminentes que es imposible negar fueron y son la honra de su siglo, pero que apartados de la enseñanza pública por ocupaciones que hicieron predilectas, dejaron vacías sus cátedras durante un largo período de su carrera universitaria, con menoscabo de la juventud estudiosa, cuya ilustración les fué confiada.

Con sobrada maestría ha tocado el Dr. Casaña en su discurso tres ó cuatro cuestiones interesantes para la farmacología y tambien otras que se rozan con la seguridad en la

administración de los medicamentos y por consiguiente con la higiene pública en sus disposiciones legales.

Error, y error de trascendencia social es, el ver en el farmacéutico al comerciante ó industrial que confecciona y expende las preparaciones farmacológicas prescritas por el médico, con más ó menos beneficio, justa remuneración del tiempo y trabajo invertido en sus preparaciones.

El farmacéutico es un funcionario público, destinado en un establecimiento público tambien, á cumplir las prescripciones facultativas referentes á las sustancias medicamentosas con correcta exactitud, pues de no ser así, pueden estas convertirse en inútiles ó peligrosas para la existencia del enfermo. La falta de esta exactitud debe considerarse como un medio atentatorio contra la salud del individuo igual á cualquier otro, y aun si cabe más, es decir, con carácter agravante, en razón á las condiciones especiales de desamparo en que se hallaría el organismo del enfermo al sostener penosa lucha contra el elemento morboso que amenaza su existencia, si el medicamento que en ella debe ayudarle fuese inerte ó se hallase alterado.

Al depositar el enfermo ó sus allegados su confianza en el farmacéutico, lo hacen en virtud de las garantías que los gobiernos deben procurar en estos funcionarios, sometiéndolos antes de permitir el ejercicio de su profesión á pruebas de indiscutible idoneidad.

La seguridad en el cumplimiento de la indicación médica, la confianza de que tomará el enfermo una sustancia que no puede dañarle ni perturbar el curso del proceso morboso que el práctico observa, es lo que se remunera en el terreno particular ó privado al farmacéutico.

Para llegar á la confección exacta y precisa de los variados medicamentos que hoy se usan, y aunque no sea más que al reconocimiento de los mismos, se necesitan extensos y variados conocimientos farmacológicos y de las ciencias

impropiamente llamadas auxiliares por la razón de ser fundamentales.

Se dirá que los progresos de las mismas han facilitado la resolución de numerosos problemas, pero no los han disminuido, puesto que á medida que se avanza, las cuestiones se multiplican, exigiendo una severa ejecución de la que no se tenía idea en la antigua farmacia.

Es indudable que la filosofía de la Farmacia se halla en la Química, la Física y la Historia natural, y que el desarrollo de estos estudios creó al verdadero farmacéutico, hallándose antes englobado el conocimiento del origen, propiedades y preparación de los medicamentos, en el estudio de conjunto de las ciencias médicas.

La historia de la Medicina y la historia de la Farmacia se confunden en los primitivos tiempos, y de ellas nacieron más tarde la Química y la Botánica. En su seno se iniciaron los primitivos adeptos del arte sacro (*Ars sacra*) que ocultaba preciosos descubrimientos entre los arcanos de la Alquimia.

Los alquimistas aplicaron alguna vez sus preparaciones á la práctica médica, pero necesario es decirlo en honor de los mismos, con cierta reserva é inhibiéndose de toda responsabilidad en sus resultados.

En el estado actual aun debe procederse con mucha circunspección en alterar ó modificar los procederes operatorios farmacológicos.

Bajo el punto de vista médico, al que debe subordinarse el farmacéutico, las condiciones del problema terapéutico son por cierto bien terminantes.

Estas condiciones son: 1.^a Conocer lo que se dá, es decir, fijar la pureza del medicamento para tener una exacta idea de su composición, y preveer las evoluciones que sufrir pueda al ponerse en contacto con el organismo en continua transformación funcional.

2.^a Conocer cómo se dá, ó mejor dicho, qué forma farma-

cológica es la más adaptable á la organización humana y en particular al enfermo que debe recibirla.

3.^a Fijar bien en la mente á quién se dá, es decir, las condiciones especiales del sujeto que tiene de hacer uso de determinada sustancia.

Y por fin

4.^a Saber para qué se dá, ó cuál es el fin terapéutico para que damos ó usamos un medicamento y la resultante que nos proponemos obtener.

Cuando alguna de estas condiciones falta, la medicación deja de ser racional y se convierte en más ó menos empírica.

Pensar que en el estado actual de la ciencia es siempre posible una transparencia completa en todas éstas condiciones para administrar con rectitud las sustancias medicamentosas, no es posible admitirlo.

Consideramos como asombrosos los esfuerzos de la escuela fisiológica moderna para alcanzar este fin, pero es necesario convenir, en que grandes lagunas deja atrás en su rápido progreso, las que no es posible alcance á ver el obstinado sistemático, cuyos ojos se hallan cubiertos por la venda del más intransigente dogmatismo.

Ocioso fuera el ocuparme de estas condiciones, bien conocidas de todos vosotros, y cuyo exámen por otra parte exigiría un tiempo del que no puedo ni debo disponer.

Únicamente me detendré en la primera y segunda condición, haciendo acerca las mismas algunas reflexiones por ser las que más se rozan con la práctica farmacéutica.

La Química, que con sus progresos ha arrojado inmensa luz en estos problemas, no ha podido presentarlos siempre resueltos de una manera completa.

Hay aun numerosas especies farmacológicas especiales, cuya composición química es muy oscura, y lo que es más, cuyo origen se presenta indefinido y dudoso.

Todo producto del que no sea posible extraer y aislar principios inmediatos para usarlos químicamente puros, es

susceptible de mil variantes en su composición y por consiguiente en la constitución de sus preparados farmacéuticos, y aun en esos mismos productos cuya composición química conocemos, y de los cuales podemos extraer principios inmediatos, ¡cuánta variedad en su composición dependientes de mil circunstancias naturales y aun del fraude mismo!

Sabido es como de la corteza de Quina Calisaya superior, de excelente aspecto por sus caracteres físicos y organolépticos, extraen ciertos industriales ingleses la quinina y cinconina poniéndola á macerar en agua acidulada, para volverla á expender luego como quina de primera calidad.

Esto viene á corroborar lo que tengo expuesto en otra ocasión y lugar acerca de la necesidad imprescindible que tiene el farmacéutico de ensayar los medicamentos que recibe, vengan de donde vinieren, para asegurarse de su composición y pureza y por consiguiente de su actividad.

Esta seguridad es solo exigible al farmacéutico, no al expendedor particular, en razón á que éste último puede vender un mal género que tomará ó dejará el comprador segun le parezca, pero sin ulterior consecuencia, al paso que aquel adquiere la responsabilidad de los buenos ó malos efectos que su producto pueda dar.

Aun cuando no existiesen otras circunstancias, ésta pondría en relieve los conocimientos especiales que se requieren en el farmacéutico para poder corresponder á la *confianza y seguridad*.

Laboriosas han sido las etapas porque ha pasado la Farmacología para llegar á la sencillez del ensayo de los productos naturales.

Numerosísimos volúmenes hay que consultar para ver el lento progreso que se ha verificado en el conocimiento del origen y composición de las drogas en los distintos siglos desde Teofrasto hasta Planchón, Flückiger, Hambury y H. Baillón.

Gradual este progreso en Europa, ha llegado gracias á la

laboriosidad de sus habitantes á una superioridad, que por cierto no favorecen su situación y la pobreza de sus productos.

La parte del globo que habitamos se halla colocada en una zona y situación, que en manera alguna puede competir con Asia y America. Extiéndense estas desde el polo al ecuador con fertilísimos terrenos donde se desarrolla una flora exuberante que presenta desde los helechos arbóreos hasta las monumentales palmeras, regados por caudalosos ríos que nacen en elevadísimos montes, á los que acompaña la más variada fauna ya en la fertil llanura ya en el vasto aluvión, entre cuyas groseras arenas y guijarros se hallan las piedras preciosas y el oro. Lujo de productos naturales que contrasta con los que puede presentar al europeo su país, el que si quiere salir de su estado de penuria y selvaticidad debe hacerse comerciante, yendo á buscar ó recibiendo los productos de estrañas tierras. El trigo y la vid señalan época muy notable en su incipiente civilización, debiendo esperarlo casi todo de fuera, en particular del Asia, punto de irradiación de riqueza y poderío, aun en los tiempos modernos. América que con ella rivalizar pudiera, debe su riqueza agrícola especial al cultivo de dos plantas asiáticas allí importadas, el café y la caña de azúcar.

Nada tiene de particular, pues, que Europa tratase de aumentar todos los días su contacto con el Asia al recibir sus numerosos productos que podía utilizar de muy variadas maneras y entre ellas una muy importante, cual era el tratamiento de las enfermedades.

Asiria, Babilonia y Egipto fueron las primeras naciones que enviaron sus drogas á Europa y ellas constituyeron la vía por donde pasaron las procedentes de la India, las que al llegar á las orillas del Mediterráneo llevaban los Fenicios á todos los países desde Grecia hasta las columnas de Hércules.

Es cierto llegaban estos productos medicinales con recomendaciones exageradas respecto de sus propiedades cura-

tivas, pero á pesar de todo se notó quedaba algo de las mismas utilizable para la Medicina. Fenómeno farmacológico social repetido en todos los siglos hasta en el presente, en que los expendedores tratan de arrastrar al público y al médico con infundadas teorías, á las que la experiencia dá más tarde su verdadero valor.

La civilización griega predominante en Europa se enriquecía y adoptaba los productos tanto materiales como intelectuales que del Oriente venían, y esto hizo que Alejandro Magno al verificar sus lejanas expediciones se rodease de filósofos y naturalistas que debían con sus observaciones descubrir nuevos horizontes para las ciencias y en particular para la Farmacología.

Con menos espíritu científico los Romanos no dejaron de aportar en sus variadas y lejanas conquistas, abundante material para la Medicina, que á principios de nuestra Era debían inventariar para la posteridad Dioscorides y Plinio, cuyo mérito no discutiré, pero á cuyas obras es necesario recurrir para tener idea de lo que la Farmacología era en el mundo antiguo.

Poco á propósito debía ser el devastador espíritu de los pueblos del Norte para discutir y fijar el origen y composición de exóticas drogas, y para aplicarlas á la curación de las enfermedades del hombre. El escaso valor que se daba á la vida humana por aquellas razas, demuestra cuál era la altura de su nivel en la civilización, puesto que uno de los reguladores de la misma ha sido y és en todos los siglos y países el mayor ó menor aprecio que se tiene de la vida de nuestros semejantes.

Apesar de esto las corrientes de Asia á Europa no se interrumpieron, los árabes llevan estas corrientes al Occidente y las Cruzadas aumentan las comunicaciones directas con el Mediterráneo desviando al lento comercio terrestre.

La situación del Imperio bizantino era muy á propósito para inspeccionar y conocer el torrente de productos que por

allí pasaban y aun quedaban, pero son relativamente muy escasas las noticias que los médicos y naturalistas de aquella época nos dejaron.

El pleno renacimiento y el descubrimiento de la América disipan con rapidez las densas tinieblas que envuelven al espíritu humano y las aclaraciones y descubrimientos se suceden con rapidez en el campo de la Farmacología, preparando las grandes investigaciones de los siglos XVIII y XIX.

¿Hemos por ventura llegado á disiparlas por completo, sin quedar ningún problema que resolver? De seguro que no, y de aquí la cautela que hemos aconsejado y seguiremos aconsejando en alterar los procedimientos de las preparaciones farmacéuticas directamente sacadas de la especie farmacológica.

Al abrigo de semejantes cautelas é inconvenientes se halla el medicamento químico. De composición definida se le puede seguir observando sus adherencias y afinidades, sus repulsiones y antagonismos hasta su completa descomposición ó eliminación de la economía.

La fijeza de estos datos sube de punto en el medicamento químico inorgánico, que se presenta más absoluto en sus propiedades en contacto con los principios constituyentes del organismo. No obstante, si alguna demostración faltase acerca la conveniencia de seguir los procedimientos adoptados sin alterarlos hasta hallar motivos que los justifiquen, la darían no los medicamentos polifórmacos sino los numerosos cuerpos químicos inorgánicos y lo que es más singular, hasta los mismos cuerpos simples cuya inalterabilidad de composición es constante.

El fósforo y el azufre, fósforo y azufre son siempre en sus distintos estados alotrópicos; sin embargo, cambiadas se hallan sus propiedades físicas y organolépticas y modificadas sus afinidades químicas en estos estados; y tales modificaciones suben de punto en el terreno biológico, en el que el

fósforo se vuelve inerte y el azufre multiplica su intensidad de acción terapéutica.

La gran movilidad de la molécula orgánica se presta en gran manera á impresionar, adherirse é indentificarse con los distintos elementos de la economía para modificarlos ó alterarlos en su composición y por consiguiente en su funcionalismo, llevando estas evoluciones á veces al organismo á su restablecimiento fisiológico.

El gran número de principios inmediatos usados en medicina prueba su inportancia y al mismo tiempo cuanto se adaptan á la movilidad y transformación continua de los elementos de nuestros tejidos. Larga sería la lista de los mismos ya naturales ya artificiales que presentar pudiéramos, y no obstante, á pesar de esa multiplicidad de objetos, la farmacia presenta hoy día una sencillez y pulcritud enteramente desconocida de los pasados tiempos. Ello es debido á que se trata de principios químicos definidos y algunos de ellos que en pequeñísima dosis representan la potencia de grandes cantidades de medicamento en otras épocas.

La preparación de los principios químicos no siempre debe hacerla el farmacéutico, pues esa multiplicidad abrumaría su laboratorio, tanto más cuanto que puede adquirirlos puros y á precios módicos, por prepararse algunos de ellos en grande escala con la mayor exactitud.

De ahí la necesidad del ensayo previo y la rectificación si necesario fuese, permitiéndole esto al farmacéutico la adquisición abundante y variada de esta clase de productos químicos, los que si bien por su pureza han hecho casi desaparecer al medicamento polifármaco de la antigua farmacia, en cambio por su multiplicidad, han favorecido la tendencia á la polifarmacia de los médicos de esta última parte de nuestro siglo.

El continuo ensayo de los mismos á la vez que el olvido rápido de principios inmediatos nuevos y de inesperada aparición en el campo de la terapéutica, es incesante. Pocos son los que escapan del turbión que los arrastra y confunde con

prontitud como si ya perteneciesen á lo pasado, siendo muy escaso el número de los que consiguen apoyados en la verdad del experimento arraigarse en el movedizo terreno de la terapéutica moderna. Y válganos tan continua desaparición y cambio de escena, pues de quedar todos los medicamentos propuestos y ensayados en nuestra época, convertirían á la terapéutica en un inextricable laberinto. ¿Es acertada la elección de lo que se queda y justo el desden de lo que se va? A poco que se medite se halla muchas veces lo místico en vez de lo verdadero apoyado en la sistemática preconcepción de las teorías médicas reinantes. Orígen no censurable por cierto, cuando no oculta otros móviles; en el médico el deseo de singularizarse, y en el farmacéutico el deseo de adquirir nuevas sustancias que expender, á decir verdad siempre apoyados en teorías más ó menos extremadas y que al parecer satisfacen la razón.

Ambos se ven arrastrados por conceptos científicos, pero á los que falta la piedra de toque, la experimentación. Así nada más lógico en el concepto químico que la administración del fosfato cálcico soluble ó insoluble en el tratamiento del raquitismo y de la osteomalacia y sin embargo hasta ahora nada más inútil en el concepto clínico.

Que tales preconcepciones se apoderen del espíritu de la generalidad de los observadores no es de extrañar, cuando ellas han dominado, á veces, á genios de primer orden. J. Darcet médico y químico que cuenta con notabilísimos trabajos de este último género, creyó que el más sobresaliente que había llevado á cabo era el haber extraído la gelatina de los huesos, y que el caldo formado por los mismos en un autoclave, concluía para siempre con la penuria de alimento en los hospitales y demás establecimientos de beneficencia. Muy anciano ya en 1799 se consolaba con la idea de que el siglo XVIII concluiría á lo menos con un útil descubrimiento para la humanidad, á él debido. Todos sabeis hoy día cuál es el valor alimenticio que en fisiología é higiene se dá á la gelatina.

El barón de Liebig cuyos descubrimientos constituyen brillante página en la historia de la química moderna, recibía con atención y agradecimiento los elogios que se le daban con motivo de los mismos, pero no podía ocultar su entusiasmo y satisfacción cuando se le hablaba de su extracto de carne, que consideraba como el coronamiento mejor había podido alcanzar en el curso de sus investigaciones.

A mi entender no merece este preparado las censuras y desprecio que se le han prodigado en estos últimos tiempos por médicos y fisiólogos, pues considero que asociado á alguna grasa puede constituir un buen principio alimenticio. Debe tenerse presente también que Liebig fué el primero que fijó la atención acerca la importancia de la administración de los plásticos reconstituyentes en el tratamiento de las enfermedades, conduciéndonos como por la mano al uso de las peptonas, pero de estos indubitables servicios á la terapéutica, llegar hasta considerar el extracto de carne como un descubrimiento de primer orden hay inmensa distancia.

Vese pues que el criterio particular en la apreciación de la importancia de las sustancias medicamentosas, aun en las personas científicas, está muy sujeto á extraviarse, así como también acerca del valor de las preparaciones farmacéuticas y sus variadas formas. Es por estos motivos y algunos de los ya indicados anteriormente que en todas épocas se haya deseado por una parte saber cuál es el concepto que merecían los medicamentos respecto de su valor práctico y por otra cuales eran las formas farmacológicas y modo de prepararlas que debían merecer la preferencia. Esto no se podía obtener más que por dos medios; en primer lugar exponiendo personas autorizadas cuál era su opinión respecto del valor terapéutico de las varias sustancias medicamentosas más usadas y modo de prepararlas, y en segundo lugar tomando á su cargo los gobiernos ó corporaciones oficiales esta tarea para darle mayor autoridad y elevarlo casi á la altura de un *Codex medicamentarius*.

Lo primero era de iniciativa particular, revestido del prestigio de alta reputación científica y lo segundo una medida de higiene pública que el gobierno de una nación tomaba asesorado por las eminencias de su país, para proteger la vida de los ciudadanos no solo en estado de salud sino también en el de enfermedad. Llevaron en general las primeras publicaciones el nombre de Dispensarios y Antidotarios y otras denominaciones, y las segundas el de Farmacopeas, si bien en estas hay necesidad de distinguir las publicaciones por el gobierno ó los particulares.

Mucho se ha discutido acerca la utilidad ó inutilidad de esta clase de publicaciones, no faltando quien las ha considerado como supérfluas en un siglo en que los conocimientos técnicos se hallan difundidos por todas partes á beneficio ya del libro ya de la prensa periódica, pudiendo quedar á la discreción del médico la elección de la forma farmacológica más conveniente del medicamento, y á la del farmacéutico el proceder más adaptable á su mejor preparación.

Tal vez esta proposición sea una verdad para más adelante, pero no en la actualidad, en que la experiencia ha demostrado ser conveniente el fijar la composición y dosificación de las sustancias medicamentosas de un uso continuo y frecuente en la práctica médica. Y no se considere esto como una exigencia del médico y del farmacéutico, sino más bien como un eco del buen sentido público. En efecto, ¿qué sanción legal podrá tener el correctivo que se imponga á un farmacéutico por sus libertades ó irracionables transgresiones en la preparación de los medicamentos, si el juez ó los peritos que nombrase no tienen una pauta ó norma á que atenerse?

Hoy en que se usan sustancias tan activas, tal vez tenga aun mejor razón de ser la Farmacopea y sin ir muy lejos baste recordar el clamoreo se alzó en la opinión pública de Francia á principios de este siglo cuando los deplorables sucesos del establecimiento de beneficencia de Bicetre, producidos por la distinta apreciación en la dosificación de las soluciones

de ácido cianhídrico. Entonces se dijo, es necesario que el gobierno ponga término y correctivo de una manera terminante á tales contingencias y peligros y que médicos y farmacéuticos se atengan á la dosificación del Código oficial, único que puede poner á cubierto su responsabilidad.

Así lo han considerado también la mayor parte de las naciones de Europa.

Inglaterra cuyo espíritu práctico no puede ponerse en duda, publicó su primera Farmacopea Londinense en 1618, y desde entonces á 1858 han aparecido treinta y cinco nuevas ediciones poniéndolas siempre al nivel de los nuevos conocimientos. Varias ciudades y corporaciones del Reino Unido siguieron el ejemplo de la metrópoli y la Farmacopea Edimburgense que se publicó por primera vez en 1699 ha tenido ya veintitres nuevas reimpressiones corregidas y aumentadas. Dublin tiene tambien varias ediciones de su Farmacopea y las corporaciones médicas de aquel país rivalizan en su publicación. Los Estados Unidos del Norte de América reconocieron, á pesar de lo mucho que se deja allí á la iniciativa particular, la necesidad de una Farmacopea oficial que se publicó en 1831.

Holanda tuvo su Farmacopea de Amsterdam ya en 1636 y Suecia su *Farmacopœia Holmiensis* en 1686. Dinamarca da cinco ediciones de su Farmacopea oficial desde 1772 á 1850 y Rusia despues de haber iniciado esta clase de trabajos con una Farmacopea castrense en 1765 como por vía de ensayo, da al público la *Farmacopœia Rossica* primera oficial en 1778. Alemania ha uniformado su Código farmacéutico en estos últimos tiempos despues de infinidad de Farmacopeas oficiales y Dispensarios particulares publicados en sus distintos Estados. La última edición de 1872 se distingue por una atildada sencillez, pero de forma tan exigua que apenas puede dar idea del movimiento farmacológico de aquel país.

Se ve, pues, que los gobiernos no han descuidado en estos últimos siglos, el publicar y repetir las ediciones de esta clase

de libros que alguna utilidad debían reportar cuando tanta aceptación tuvieron.

España y Francia se han mostrado muy escasas en la publicación de sus Farmacopeas ó Códigos farmacéuticos.

Luis XIII ordenó en este último país la publicación del primer Codex medicamentarius en 1639, pero debió limitarse al parecer su acción á la ciudad de París, en razón á que un decreto del Parlamento en 1748 ordenaba á los farmacéuticos de París y sus arrabales, que preparasen los remedios según el formulario del Codex medicamentarius y aun que decretado por la ley germinal que rigiese para toda la Francia el próximo á publicarse, no se verificó su aparición hasta 1818.

Desde entonces acá solo ha habido dos ediciones, la de 1837 y la actual de 1866.

La misma escasez de ediciones se observa en la Farmacopea general hispanica desde 1794 hasta la sexta edición de nuestros días en 1884.

Es cierto que no puede ni debe considerarse tal exiguidad como la medida de la actividad en este género de estudios, tanto más cuanto algunas provincias de España, no solo demostraron lo contrario sino que precedieron á casi todas las demás naciones de Europa en la publicación de Farmacopeas.

Esta gloria debe enorgullecernos pero no cegarnos y á fuer de buenos españoles y catalanes no debemos abandonar nunca la veracidad, que es la perla sobresaliente de la historia.

Dice Morejon que la primera Farmacopea legal conocida en Europa, fué la de Pedro Benedicto Mateo, boticario de Barcelona que la compuso en 1497 y la publicó en 1521.

Debemos consignar, tal vez con pesar, que fué la segunda, en razón á que el gobierno de Florencia ya había mandado redactar otra con anterioridad, la que se publicó en 1487.

Esto no disminuye en mucho la gloria de Cataluña, puesto que su actividad y estado de adelanto quedó demostrado con tan temprano libro, cuyo contenido era raro para aquella época, actividad que se vió confirmada enseguida por la publi-

cación de la Concordia Pharmacopolarum, otra Farmacopea redactada por Bernardo Domenech y Joahan Benedicto Pau en 1587, cuya autorización y privilegio de venta, está escrita en lengua catalana, por el entonces Capitán general de Cataluña y de los condados de Rosellón y de Cerdaña D. Manrique de Lara. Todos los demás permisos y licencias están escritos en latín.

En 1686 la Pharmacopocia Cathalana sive Antidotarium Barcinonense de Juan de Alos precede á la Pharmacopoeia hispanica así como también la publicada en Vitoria en 1550 por Fernando de Sepúlveda, la de Bernardino de Laredo impresa en Sevilla y Madrid en 1527, y la Farmacopea Cesaraugustana en 1553.

Es en realidad desde el siglo xvi que esta clase de libros adquireren la forma que deben tener y acrece su importancia, pues en los publicados anteriormente reina como cierta confusión en la exposición de las ideas.

Según los autores la primera noticia se tiene de la redacción de una Farmacopea por disposición superior, es según se cree la de Herofilo 320 años antes de J. C. pero de la que no ha quedado vestigio.

Hasta Scribonius Largus que floreció en el año 41 de nuestra Era y que escribió sus Composiciones Medicæ, no hay memoria de fórmulas coleccionadas para la preparación de los medicamentos.

Ebu Sahel dió á luz en 860 una colección de fórmulas con el título de Krabadin, las que se habían mandado reunir por orden del Gobierno.

Garioponto en el año 1000 escribe su formulario denominado *Passionarius Galeni*.

La estensión que adquiere en aquellos siglos la Cábala, el Horóscopo, la Magia y la Teurgia hizo que holgasen las Farmacopeas hasta que *Petrus Hispanicus* médico y filósofo nacido en Lisboa y elevado al Papado en 1277 con el nombre de Juan XXI, escribe un Formulario del que escluye los reme-

dios supersticiosos y las prácticas absurdas que habían llegado á su colmo en aquel siglo. Primera etapa de la que debía arrancar la regeneración que con tanto esplendor se inició despues en el siglo XV uniéndose el renacimiento científico que se presentaba, con los restos de la civilización árabe que en el concepto farmacéutico tanto había contribuido al progreso de la ciencia. Entonces se comprendió que la preparación de los medicamentos debía constituir una profesión por sí sola, apartando la idea del *pharmacopola* de Grecia y Roma que no era mas que un traficante y los *pharmacopeis* de la escuela de Alejandría, *ungüentari*, *pigmentarii* que desempeñaban el oficio de ayudantes siguiendo las indicaciones de los dietéticos ó médicos directores. Como es natural, al querer alejar la idea debía venir el cambio de la denominación, acercándose más que otra alguna á lo que se descaba en aquellos tiempos, la palabra *apoteca*, *apótheke*, *apotece*, que equivalía, á la de depositario, guardador cuidadoso de las sustancias medicamentosas preparadas con esmero para el tratamiento de las enfermedades. La parte terrorífica del antiguo *pharmaco* había desaparecido y no se entraba ya en estos establecimientos más que para ir á buscar la salud, desapareciendo de los mismos el tósigo preparado para el suicida ó para el verdugo que debía presentarlo al criminal, ni tampoco para comprar á alto precio el filtro que debía producir los encantamientos del amor ó las transformaciones de Circe con los compañeros de Ulises, preparaciones corrientes en los tiempos de la antigua Grecia, prolongándose algunas de ellas hasta los primeros siglos de Edad Media.

Entonces se abrieron varios establecimientos de esta clase en Florencia, Venecia, Roma, París y varias ciudades de España, llegándose á establecer el primer *apoteke* en Berlin en 1488, y existiendo un establecimiento de esta clase bien montado para la corte y los militares en Rusia en 1620.

No obstante para que los Códigos farmacéuticos pudiesen sostener toda su importancia y los nuevos establecimientos

laboratorios tener seguridad é independencia, era necesario armonizarlos con las debidas disposiciones. Alfonso V de Portugal denominado el Africano fué el primero que publicó en Europa las referentes á este ramo en 1449 y 1461 y Carlos VIII en Francia en 1484. ¿Debemos, despues de lo dicho, abandonar hoy día la redacción y uso de las Farmacopeas que tantos servicios han prestado á la ciencia?

Desde luego nos parece inoportuno é inconveniente. Ahora, que, se las de otro rumbo, que se las vigorice con el espíritu de la época ampliando su relación, que se conviertan si se quiere en libros de un bienio ó en anuarios oficiales, que su contenido represente el espíritu médico del país en que se publica tomando parte en su redacción las Corporaciones científicas nacionales y que estas se pongan en contacto al objeto con las extranjeras, he aquí los medios de sostener la importancia de esta clase de libros en razón á que el médico y el farmacéutico reportarían de ellos util y constante aplicación.

Esto podría servir tambien de cauce y estímulo á los Anuarios particulares que se publican, los que hasta ahora se resienten en general de la premura con que se han redactado. No me detendré en enumerar los abusos que esto corregir pudiera en médicos y farmacéuticos, hoy día en que se comunican más bien con notas que con prescripciones, poniendo en circulación infinidad de preparados que en primer lugar se ignora si tienen lo que dicen y en segundo lugar llevando forzados informes de notabilidades médicas que ponen lo que en el momento viene á su pluma para desembarazarse de tanto importuno.

Todo cuanto llevo dicho no constituye en mí ciego apego á la existencia de las Farmacopeas y considero que estas y otras clases de publicaciones aparecen y desaparecen segun que se hacen necesarias, siendo cosa comun y corriente que los medios de observación y estudio se transformen en los distintos siglos de la Historia de la Medicina.

Y sin apartarnos de lo que á la Farmacia atañe ¿quién pondrá en duda que la alquimia agonizante á últimos del siglo XVII y principios del siglo XVIII dejó vasto legado de datos, observaciones y conocimientos que habían atesorado en su penosa y misteriosa carrera los Boyle, Fludd, Glauber, Angelo Sala, Mayow y Bernonilli que empezaron á dar recta interpretación á los fenómenos observados, los que más adelante debían ordenar los Black, Stahl, Rouelle, Margraff y Macquer, para constituir teorías químicas tan hipotéticas y deleznable como se quiera, pero que sirvieron como de puente á las investigaciones y descubrimientos de Priestley, Scheele, Lavoissier y Humphry Davy á quienes debemos considerar como los fundadores de la química moderna á principios de este siglo?

La Scientia sacra (Ars Magna) se había hundido para siempre desde el momento en que el profesor J. Hartmann subía á la cátedra en 1612 en Marburg llevando su ejecutoria de profesor de química, primero que se conocía con esta denominación en Europa. La *Scientia vera* sustituye á la *Scientia sacra* y el cambio de un nombre lleva en sí el germen de una revolución en las ciencias naturales. La Farmacia desde entonces acá bebe en cristalinas fuentes que antes no conocía, siendo ésta una de las tantas ciencias técnicas de aplicación que recibe de una manera más directa los luminosos rayos de la ciencia del análisis hoy ya del análisis y de la síntesis, á la que tan vasto desarrollo han dado en éstos últimos tiempos Fremy, Saint-Clair de Ville, Berthelot, Bunsen, Graham Dumas, Gerhardt, Laurent, Wurtz, William y Kolbe.

Positivas conquistas para la humanidad difundidas en todas las regiones de la tierra y que han venido á oscurecer y casi á hacer olvidar de la mente de las generaciones presentes los ideales que en otras épocas tanto les atormentaron como fueron la crisopeía y el líquido de la macrobiótica.

De dudosa utilidad el primer desideratum si es que su logro no se convirtiese en causa de perturbación económica

y social, del segundo, del problema de la macrobiótica se ha apoderado el conjunto de varias ciencias con resultado demostrable para todos, sin producir en el ánimo de los que á estas investigaciones se dedican aquel estado de inquietud y recelo que les hacía apartar de todo trato social para encerrarse en recóndito gabinete alumbrado por fatídica llama, esperando el soplo de la vida que uniéndose al admirable y potente líquido debía vencer ó cuando menos luchar con el inexorable *kronos*, (tiempo). Lucha quimérica que se ha transformado en verdadera y de particular se ha hecho general, y de individual social.

La mecánica, la física, la química y la higiene han producido el aumento de la vida media, la disminución de la mortalidad, han quitado la parte penosa de las profesiones mecánicas, han fijado las condiciones de la alimentación normal y han clamado para regularizar las horas de trabajo, disminuyendo en todas las clases sociales las causas de enfermedad que amenazar puedan su existencia.

Mucho queda aun que realizar para que el hombre desde el nacimiento hasta el término natural de su existencia se vea rodeado de una atmósfera salubre que contribuya á favorecer sus naturales deseos y que aumente la cantidad de vida de las generaciones sucesivas.

He dicho queda aun mucho que realizar en el camino emprendido, tanto más cuanto en la sociedad actual se ve al individuo arrastrado á transgresiones higiénicas de la mayor trascendencia y lo que es más, las llega á imponer á los demás.

Existen hoy día en higiene dos cuestiones que se imponen; la primera es la manera de resolver el problema de desinfección de la tierra que pisamos, cuyas emanaciones orgánicas ú organizadas, amenazan de continuo la salubridad de los pueblos, es decir, la desinfección del suelo y subsuelo como origen de la viciación atmosférica; y la segunda es investigar cuáles deben ser las bases que han de regular la dirección

de las funciones propias del sistema nervioso para que en su ejercicio no lesionen al organismo pero tampoco desatiendan las modernas necesidades de actividad é ilustración ineludibles en los tiempos modernos.

La excesiva fatiga intelectual que se impone al niño y al joven, la multiplicidad de sensaciones que impresionan al adulto en su actividad febril conduce con mucha frecuencia á la vacilación del entendimiento y el agotamiento de las fuerzas físicas.

Los beneficios hígidos de los demás aparatos y órganos de la economía se ven como arrollados por las transgresiones en la higiene del sistema nervioso, pues en nuestra economía hay un total equilibrio que solo se conserva en virtud de la integridad funcional en el todo y en cada una de sus partes.

La pureza del aire, libre de toda causa infectante, la más escogida y completa alimentación, el mejor *confort* en el vestir y hasta el restaurador ejercicio que puede proporcionar la gimnasia, todo quedará destruido para la resultante deseada, sin una buena dirección de la sensación y del ejercicio de las facultades mentales.

Merece, pues, la pena que la higiene alce su voz en esta cuestión ya que en las demás ha sido oída, para que cese la amenaza que pesa sobre las generaciones presentes, si no se cambian los sistemas de educación é instrucción actuales que podrán dar tan brillantes resultados como se quiera bajo el punto de vista científico y literario, pero que mina de una manera insidiosa el porvenir y la existencia de la juventud dedicada á trabajos intelectuales.

Mas dejemos estas consideraciones aquí en esbozo para otra ocasión que permita su completo desarrollo, y vengamos para terminar á fijarnos en la misión individual del médico y del farmacéutico en esas luchas llamadas enfermedad y que sin cesar tiene que sostener el hombre.

Este poderoso de la tierra lo es todo asociado á sus semejantes, solo y aislado se convierte en el más inerte é impo-

tente de los séres ante esa inmensa Naturaleza que contempla y le abrumba sin poderla vencer, y nunca llega á realizar lo que su mente concibe para su provecho, viéndose asaltado en su soledad por mil visiones y terrores que le estremecen.

Es el alambre del puente colgante fragil á la menor tracción, que reunido á otros forma la férrea maroma que se cimbreo, pero que resiste con seguridad al mayor peso calculado.

No obstante, para que ese alambre particular sirva á su conjunto, es necesaria una condición, y esa condición es su integridad. Del mismo modo le es necesario al hombre la misma condición para que pueda cumplir con su fin social, y para él esa integridad es la salud. Con ella puede desplegar su actividad física, psíquica y moral poniéndose en relación armónica con el Universo y sus semejantes. La enfermedad es el abrojo con que tropieza en medio de sus ilusiones ó desdichas. El médico y el farmacéutico trabajan de consuno para desasirle de los padecimientos que asedian su existencia y devolverlo á la sociedad util y fuerte para que cual el alambre resista la fuerza que á su situación está encomendada. El médico y el farmacéutico no se separan nunca hasta lograr su objeto, socorriendo á sus semejantes con la mayor abnegación, cualidad primera é indispensable en estas profesiones humanitarias, siempre apreciadas y respetadas por la sociedad y á las que en nuestros tiempos el Estado escéptico llama industrias.

Tal denominación no ha podido disminuir en lo más mínimo los sentimientos filantrópicos de los que á ellas se dedican siguiendo la constante tradición de los siglos desde los antiguos tiempos del Sacerdote egipcio y los primitivos de Grecia en que se consideraba á los que á ellos empezaron á dedicarse como de origen semi-olímpico.

Hora es ya de que cese de molestar vuestra atención con mi obligado trabajo, agradable por el objeto que envuelve,

cual es el ingreso en nuestra Academia de un nuevo y dingo consocio, difícil para mí por no alcanzar la requerida altura del honroso cargo que me hicisteis.

Escúseme, el haberlo admitido, los lazos de fraternal compañerismo que con vosotros me unen, como lo prueba la constante inclinación que á esta corporación he tenido casi en toda la segunda mitad de este siglo que á ella he pertenecido, siglo que ya se va acercando á su fin.

De sus entusiasmos buenos ó malos, erróneos ó verdaderos he participado de continuo, aplaudiendo ó callando según nuestra comprensión, que otra cosa no podíamos hacer los más, siguiendo á las eminencias científicas convertidas en caudillos y que á sus ideas ó teorías nos arrastraban.

Vosotros os aprestais á la gran lucha del siglo xx cuya aurora cuando menos deseo alcancemos á saludar los aquí presentes.

Que él sea tan fructífero para la humanidad como el actual á pesar de que en estos últimos tiempos se haya envanecido acaso en demasía de sus creaciones y descubrimientos, y que algunos consideran no hay para tanto en un siglo que según su apreciación la ciencia marcha sin brújula asaltada por extrañas teorías.

Fijemos bien no obstante nuestra atención en la senda que siguen los Mayer, Dumas, Cl. Bernard, Helmholtz, Wundt, Colding, Hirn y muchísimos otros que con su firme intuición de un Sér Supremo y su convicción en la relación armónica que existe entre el mismo y todo lo creado, ven marchar la ciencia á un incesante é indefinido progreso.

No deis crédito á los que os digan que la línea de recta conducta trazada por los pensadores de todos los siglos se ha desviado, puesto que en el hombre existe la sed de perfección, pero no protesta de su naturaleza ni quiere cegar las fuentes de sus más puros sentimientos.

Cuando junto al borde del lago Lehman ve uno reflejarse las cambiantes nubes de su atmósfera ó los paisajes de sus

orillas en su tersa superficie siempre azul, cuando se alza luego la vista hacia las alturas para perderse y deslumbrarse en las nieves y hielos del Montblanc, queda el corazón impresionado con uno de los más bellos espectáculos de la Naturaleza.

No lejos de esas orillas, Ginebra tiene su cementerio, y allí se detiene uno de involuntaria manera ante una sencillísima piedra con esta inscripción.

HUMPHRY DAVY

SPERO

Es el genio de la tierra que se eleva al cielo, y que enseña á donde conducir puede el estudio de las ciencias naturales, cuando el cultivo de las mismas se halla animado por los inmortales destellos de un espíritu sereno.

HE DICHO